

como de guerra á los beligerantes, podían hacerlo sujetándose á las penas correspondientes si eran aprehendidos por aquellos contra quienes se dirigían sus operaciones."

El Sr. Romero replicó largamente, exponiendo cuantas razones creyó convincentes, á las que se respondió: "que los motivos para prohibir la exportación de armas eran distintos de los que se referían al permiso relativo á los artículos de contrabando de guerra; que los Estados-Unidos se proponían observar la más estricta neutralidad en la guerra entre México y Francia; que el gobierno de los Estados-Unidos necesitaba todas las armas que se hallaban dentro de sus límites, para uso de sus propios soldados y no podía permitir que fueran enviadas armas á ningún punto en que pudieran caer en manos de los rebeldes, razones que no eran aplicables á otros artículos de contrabando de guerra."

Entre los buques que salieron de puertos norte-americanos para Veracruz, se contaron la goleta "Vapor," conduciendo para los franceses que estaban en México, trece carros y tres mil amarres de ferrocarril; en la barca "Victoria" salida de Nueva York el 23 de Diciembre, iban para el mismo puerto mexicano nueve mil fanegas de cebada y diez y ocho mil de avena; la barca "Rapid" entre los mismos puertos condujo medicinas, gran cantidad de harina, mantequilla, jabón y velas, avíos para trincheras, alquitrán y otra porción de artículos. La situación de los franceses habría sido peor si, diezmados por las enfermedades y la falta de alimentos sanos, no hubieran encontrado auxilio en los Estados-Unidos, donde establecieron agentes para comprar provisiones, facultándolos para hacer contratos cuantiosos para el porvenir.

CAPITULO CUARTO.

Disposiciones del general Zaragoza.—Se continúa la fortificación de las cumbres de Acultzingo.—Situación de los Estados.—Muere el general Zaragoza.—Luto entre los republicanos.—Le reemplaza el general González Ortega.—Motín en Tecamachalco.—Disposiciones del general Forey.—Se dispone para avanzar.—Lanza al general Douay á la vanguardia.—Destierro de varios franceses.—Intervención de los ministros Corwin y Wagner.—Donativos para la guerra.—Publicaciones de Mr. Elsesser.—Esfuerzos de los interesados en los bonos de Jecker.—Manifiesto de Zuloaga.—Calificaciones que hace de Márquez.—Intrigas con el general Doblado.—También expide un manifiesto D. José M. Cobos.—Razones que tuvo para no aceptar á Almonte ni la Intervención.—Quejas del general Uraga.—Revolución en Yucatán.—Esfuerzos populares.—Discurso de Mc. Dougal en el Senado norte-americano.—Pide que se auxilie á México.—Aseguró que estaba amenazada la integridad de los Estados Unidos.—Opiniones en Francia.—Lincoln da libertad á los esclavos.—Previsiones que envió á Mr. Corwin.—Pésima situación de los Estados-Unidos del Norte.—Armas y pertrechos para México.

El general Zaragoza mandó poner en libertad á fines de Agosto, á los prisioneros y enfermos franceses que permanecían en su poder, y premió al capitán Pilar Villarreal por haber contribuido á sofocar la rebelión que entre las fuerzas de González Ortega acaudilló el coronel Agapito Gómez, quien condujo un cuerpo de caballería á unirse con Don Tomás Mejía. En Acatzingo se oyeron también entre

la tropa gritos de ¡Viva la Religión! como signo de rebelión dimanada del estado pasivo y de la falta de recursos que aquejaba al ejército de Oriente; sofocábanse estas faltas contra la disciplina y la subordinación con fusilamientos.

Situado en las alturas de Acultzingo el general Antillón con las fuerzas de su mando, que pasaban de tres mil soldados, contingente con que estaba representado el Estado de Guanajuato, siguieron las fortificaciones de las Cumbres que se creían por entonces formidables; pero al fin de ninguna utilidad fueron, á causa de ser fácil flanquearlas ó voltear la posición. En el estudio que hizo de aquellos cerros contrajo fiebre mortal el general Zaragoza. El general Porfirio Díaz recibía orden de incorporarse á la División Berriozábal, dejando el mando al general La Llave.

Llamado á la capital el general Zaragoza, fué recibido con estusiasmas ovaciones y obsequiado con banquetes; un solo día permaneció en México y regresó al cuartel general el 22 de Agosto. Tropezaba el gobierno del Sr. Juárez con grandes obstáculos, principalmente para poner en juego los elementos con que contaban los Estados, pues era reducido el número de éstos que cumplían las leyes y obsequiaban las disposiciones del centro, distinguiéndose Oaxaca, Chiapas, Zacatecas, Durango y Chihuahua, donde regía el orden constitucional; Yucatán y Campeche hacían lo que les era posible en favor de la Unión; Distrito Federal, Puebla y Veracruz, afectados directamente por su situación, soportaban el estado de sitio, y las entidades pequeñas, como Querétaro, Aguascalientes y Tlaxcala, luchaban con los reaccionarios y guardaban deplorable estado; San Luis Potosí quedaba en la inacción y el marasmo; en Colima ardía la guerra civil entre los mismos liberales, y en Michoacán y Jalisco se alimentaban desconfianzas que contenían los impulsos bélicos de tan aguerridos pueblos; Nuevo León ponía tropiezos al gobierno general; los demás Estados procuraban levantar tropas para rechazar á los franceses.

Un accidente inesperado llevó al mando del ejército de Oriente al general González Ortega; atacado el General Zaragoza de fiebre tifoidea, fué conducido á Puebla, á donde llegó el 5 de Septiembre y dejó de existir el día 8 á las diez y cuarto de la mañana, después de los tormentosos delirios que caracterizan al tifo. Muy sentida fué entre los republicanos la muerte de Zaragoza, pues era para ellos á la vez que una gloria, una esperanza; demócrata sincero, magistrado prudente y enérgico, no cupieron en él la jactancia y el orgullo que pudiera haberle infundido el éxito de sus acciones. El cadáver fué conducido á México y los funerales se verificaron el día 13 en el panteón de San Fernando, concurriendo las autoridades, corporaciones, empleados y las tropas de la guarnición. A propuesta del Sr. Lerdo de Tejada, fué considerado Zaragoza benemérito de la Patria en una junta preparatoria de diputados, se declaró que había merecido el grado de general de división y se dispuso que su retrato fuera colocado en los salones de todas las legislaturas y ayuntamientos, con una inscripción en la que se recordara que había vencido á los franceses el 5 de Mayo de 1862; también pidió el Sr. Lerdo que la hija de dicho general fuera dotada con cien mil pesos, todo lo cual fué decretado por el Ejecutivo. El ejército de Oriente vistió luto por nueve días.

La repentina muerte del general Zaragoza, causó inmensa sensación; había estado en México el 21 de Agosto, en perfecta salud, siendo objeto de una verdadera ovación popular; el 22 volvió á su cuartel general y el 9 de Septiembre se supo su muerte, casi al mismo tiempo que su enfermedad. Fué generalmente sentido, pues era honrado, patriota, consagrado enteramente al bien de su país, adicto al gobierno constitucional, amigo del Presidente, cuya confianza supo ganar y merecer; siendo joven, intrépido, inteligente, de prodigiosa actividad, y el ídolo de los soldados á los que trataba con fraternal solicitud, sin duda se preparaba para grandes destinos que la muerte rompió. Murió á la edad de 34 años. Natural era que le reemplazara el general González Ortega, vencedor de la reacción, aunque no le veía bien Comonfort; pero intervino el Sr. La Fuente y sofocó el desacuerdo entre los dos generales. Creyó constantemente el general Ignacio Zaragoza que la guerra era inevitable, y estuvo preparando los elementos para este evento que los Señores Doblado, Juárez y otros personajes prominentes llegaron á considerar como improbable después de los tratados de la Soledad; aun en el lecho de muerte, su delirio era combatir á los franceses y sus aliados.

Nombrado González Ortega definitivamente general en jefe de aquellas tropas, estuvo en México el 24 de Septiembre para conferenciar con el gobierno. Con las facultades que tenía suprimió los Tribunales y Ayuntamientos en los Estados de Veracruz, Puebla y Tlaxcala, no quedando más autoridad que la militar encargada de los diversos ramos de la Administración pública; llamó al general La Llave al cuartel general, nombró jefe político y militar del Estado de Veracruz al Sr. Manuel Díaz Mirón, é inspector del ejército de Oriente al general D. Ignacio Mejía, dejándole el mando de la primera brigada de Oaxaca.

En tanto que los franceses tenían oro en abundancia, los mexicanos carecían de recursos, y se imponían nuevas contribuciones. Hiciéronse insoportables los impuestos á los propietarios de las haciendas de caña del Distrito de Cuernavaca, quienes protestaron contra la contribución señalada por el jefe político D. Agustín Cruz, asunto que dió motivo á graves disgustos; entonces fueron embargadas algunas fincas, paralizándose los trabajos del campo en perjuicio de los propietarios y del erario. El gobierno sacaba recursos, ya de donativos voluntarios que estuvieron mal administrados, ya del impuesto adicional del veinticinco por ciento, que dió excelentes resultados por la equidad con que se repartió; también recaudaba algo de los demás impuestos y contribuciones.

Para sostener el presupuesto militar que creció considerablemente con el aumento de las fuerzas y los gastos consiguientes al pie de guerra, le fué preciso al gobierno del Sr. Juárez, exigir sacrificios á los contribuyentes que tenían que suplir la falta de las entradas al erario por la ocupación de Veracruz. Las exhibiciones hechas no se limitaban al cumplimiento de las leyes sobre contribuciones, sino que se extendían á donativos de otra naturaleza; abríanse suscripciones mensuales, ó por una sola vez, y para suministrar vestuario á los oficiales del ejército, para dotar á los hospitales de sangre ó para remitir víveres y otros

efectos á las fuerzas que estaban al frente de los invasores; con igual objeto se repetían funciones teatrales y otras diversiones públicas buscando recursos que aliviaran las urgencias de la situación, encargándose las señoras de coleccionar la mayor parte de los donativos y de arreglar las funciones respectivas. Las poetisas cantaban con armonioso acento las bellezas de la caridad hermanada al patriotismo, entregaban á la fama los nombres de los que sucumbían en la lucha y aun se presentaban las señoras en las fortificaciones, animando á los que allí trabajaban contra los expedicionarios franceses.

Los sacrificios que hacían los pueblos eran de consideración: á las tropas de la división Berriozábal, que estaba en Huamantla, se le ministraron en menos de dos meses cerca de noventa mil pesos, además de las sumas que gastaba el pequeño Estado tlaxcalteco en sus propias fuerzas, y de sostener en Puebla ochocientos hombres para los trabajos de zapa, todo esto sin dejar de satisfacer las contribuciones extraordinarias y los pedidos del cuartel general. Crecieron los gastos cuando el general Comonfort se aproximó á la ciudad de México, á la que entró á fines de Octubre la División del Norte, en tanto que González Ortega concentraba sus fuerzas en Puebla, y dictaba disposiciones que tendían á impedir que los franceses adquiriesen medios de transporte.

En Tecamachalco estalló un motín la noche del 15 de Septiembre, entre los soldados del 6º batallón; pero lo sofocaron el coronel del mismo D. Ignacio Alatorre y el general O'Horán, expiando su falta en el cadalso los autores del escándalo y además fué diezmada la tercera compañía con arreglo á la ordenanza. El general González Ortega se trasladó á la capital, tuvo frecuentes y largas conferencias con el Presidente y los ministros, y regresó al cuartel general al finalizar el mes de Septiembre.

Si el ejército francés sufría con el clima de la costa, también el mexicano contaba muchas bajas; llegaban á Puebla convoyes de enfermos, principalmente de Chalchicomula; las bajas se cubrían con dificultad y no se esperaban más refuerzos que los que conducía el general Patoni y los que había reunido Comonfort en San Luis Potosí. Las obras de fortificación se paralizaban y el patriotismo parecía adormecido; aun había personas que creyeran posible un arreglo pacífico, si eran eliminados Saligny y Almonte y que Napoleón iniciara una política más leal y cuerda. Poca acción se notaba en la concentración de fuerzas, faltaba armamento, y había desconfianza y temores que debilitaban las disposiciones del gobierno, pareciendo en medio de aquel marasmo, que no se comprendía la gravedad de la crisis que se atravesaba. Los que creían que no había más remedio que la guerra, tenían esperanza en las fuerzas de Comonfort, compuestas de cinco mil soldados perfectamente armados, y en los cuatro mil con que contribuía el Estado de Jalisco; Oaxaca, cuya resolución en aquella guerra fué completa, enviaba otros novecientos soldados que reemplazaban á los del desastre de Chalchicomula, y preparaba nuevas tropas; Chiapas mismo, tan lejano como pobre, ponía en marcha algunos refuerzos. Las noticias del grande aumento del ejército invasor, sacaron á los Estados del